



Queridos amigos:

Al final de vuestros exámenes, libres ya para pensar en otras cosas, me gustaría proponeros una reflexión que se me ha ido ocurriendo mientras mantenía algunas conversaciones de mesa con vosotros. Hablo en primera persona del singular, leed vosotros así si os parece...

Pienso en qué Universidad elegir, termino decidiéndome, y cuando ya estoy metido en harina no es como yo pensaba. Muchos profesores no son lo que espero o no son del todo lo que deberían ser. No explican bien, no nos parecen ecuanímenes. Además las instalaciones dejan qué desear, los compañeros no siempre lo son... El dibujo que, podríamos decir, ilustra en la caja de este puzzle que es la vida universitaria no coincide con las piezas que vienen realmente dentro de ella (podríamos hablar también del Colegio). Y me vienen ganas de quejarme, y lo hago en conversaciones de mesa, de pasillo, de bar... Pero, ¿quién me había dicho que iba a encontrar una Universidad perfecta?

Ahora recuerdo cómo me levanto para empezar el día y cómo, sin darme cuenta, al mirarme al espejo veo lo que no quiero ver de mí. A veces es parte de mi cuerpo, a veces parte de mi alma, a veces parte de mi carácter... Al salir puedo ocultarlo con sonrisas forzadas y con el alboroto de una vida distraída, con operaciones soñadas o presumiendo de otras cosas en las que me gusto o parezco gustar a los otros, pero... siempre termino volviendo a mí, a la soledad de mi habitación donde veo eso que soy y no me gusta. Y me quejo a no se sabe quién. Y me enfado conmigo mismo. Y me reboto porque no soy como ese o no tengo lo que el aquel, o simplemente no coincido con lo que espero de mí mismo. Y me pregunto si no salí con 'defecto de fábrica'. Pero, ¿quién me hizo creer que podía ser perfecto o que debiera serlo?

Más aún, me encuentro con la gente y veo cosas que no me gustan. Algunos no tienen tacto, otros se meten donde no les llaman o tienen manías que me sacan de quicio o una forma de vestir o de hablar o de... uff! Y esto me pasa con mis padres y con mis hermanos, con mis amigos, con mis compañeros, con los colegiales... Y me fastidia que no sean como yo quiero que sean o como necesito que sean... o les dejo de lado por incompatibles conmigo... Incluso los más cercanos siempre tienen algo que me pone nervioso. Pero, ¿quién me dijo que la familia, los amigos,... iban a ser perfectos?

Y así podríamos seguir. Dibujamos el mundo en nuestra cabeza y en nuestro corazón como si fuera un puzzle donde cada pieza encajaría perfectamente con la contigua. Pero la vida no es así y nunca va a serlo, ni fuera ni dentro de nosotros mismos. Y entonces, pensamos poder escapar de este mundo imperfecto pero no podemos, porque nos persigue siempre. Y ¿qué hacemos? Quejarnos de que las instituciones no son lo que deberían ser y por eso *no podemos ser buenos alumnos...* Criticar (interiormente o a diestro y siniestro) a cuantos nos rodean, incluso a los más cercanos *porque con gente así... a dónde se puede ir*, (esto, más allá y a espaldas de las conversaciones políticamente correctas con ellos). Enfadarnos con nosotros mismos y hundirnos en una timidez desconfiada que nos aísla o arrancarnos en un atrevimiento presuntuoso exhibiéndonos engañosamente, porque como no nos gustamos pensamos que *no gustaríamos a los demás si se fijaran...*

La perfección, he aquí la cuestión. ¿Tienen que ser perfectas las cosas, las personas?, ¿tenemos que ser perfectos nosotros mismos? Funcionamos como si tuviera que ser así, pero... quizá la imperfección sea siempre una llamada a sacar de nosotros

mismos lo perfecto, que no es otra cosa que el amor. Decía el novelista Pablo D'Ors: *solo podemos amar lo imperfecto. Amar lo perfecto no es una virtud, sino una necesidad.* La vida es esa aventura donde las formas imperfectas de las cosas y las personas nos retan al amor.

Este amor no es espontáneo. Hay que re-educar la mirada, aprender a ser pacientes, a percibir la riqueza escondida de las cosas y las personas, a ofrecer confianza para que el otro pueda dar de sí incluso cuando no parece muy probable, a apreciar cada realidad, sea como sea, como una ocasión de gracia y de vida, a definirlo todo por su cualidad que no siempre es visible de inicio. ¡Todo un arte!

Pero ¿de dónde sale este amor que es la verdadera perfección del mundo? Nosotros los cristianos lo descubrimos activo en la mirada de Dios que observa el mundo convirtiéndolo en bello con el amor con que lo mira. El que se deja iluminar por esta mirada descubre su valor y su belleza más allá de sus imperfecciones físicas, psíquicas o morales. Y es invitado a formar parte de esa cadena de miradas que bendicen el mundo porque no se detienen en lo imperfecto, aunque lo ven, sino que buscan con la mirada del amor crear un mundo nuevo. Esta nueva creación podemos ir gustándola en pequeñas dosis cuando nos aman y cuando amamos, pues es el amor lo que nos hace comprender la belleza única de cada ser.

Por tanto, os invito a dejaros iluminar y a miraros a vosotros mismos con esa luz con la que Dios os busca para bendeciros y embelleceros con su amor. Así podréis volver la mirada a vuestro mundo cercano de cosas y de personas con esa benevolencia paciente de los que se saben imperfectos y, habiendo sido amados, saben mirar cordialmente a todo lo que les rodea. Entonces ninguna imperfección os estorbará para vivir la vida en plenitud.

Recibid, como siempre, mi saludo y mi oración. Paco.